

## **LA GRATITUD**

Estábamos acabando la cena cuando se puso en pie con una copa en la mano. Carraspeó lo justo y dijo:

-Quiero dar las gracias...

-Quiero dar las gracias, en primer lugar, a mi hermano, que me ha ofrecido ser padrino de su hija.

Hablaba otra lengua, se confundía y llamaba suegra a su cuñada; pero, terminadas las risas, continuó imperturbable dando gracias a diestro y siniestro. Al acabar el brindis, alguien a mi lado comentó:

-¿Le parece normal que un chico de esta edad de las gracias con tanta elocuencia?

-Es que los de su país son muy corteses -respondí.

Y es cierto; pero debí añadir que la gratitud no sólo es cuestión de cortesía. Para ser agradecido es preciso, además, ser humilde, justo, generoso e inteligente.

• Hay que ser humilde, ya que sólo desde la humildad se comprende que la mayor parte de las cosas que uno recibe son gratuitas: una puesta de sol, la brisa del mar, la buena salud, la sonrisa de una niña o el canto de un pájaro, no son exigibles. Y dar gracias a Dios o al prójimo es una forma de admitirlo.

• Hay que ser justo, puesto que la justicia es virtud que nos inclina a dar a cada uno lo suyo. Y de todos recibimos algo.

• Hay que ser generoso para descubrir la existencia del prójimo y ver en sus acciones mil motivos de agradecimiento. El egoísta no se entera: está fascinado con la contemplación del propio ombligo. Además, por razones obvias, la gratitud es incompatible con la envidia, con el rencor y con la estrechez de espíritu.

• Por último, es signo de inteligencia, ya que dar las gracias es una forma de ganar el corazón de los demás.

En estos últimos tiempos, dar gracias se ha convertido ya en una práctica insólita en claro peligro de extinción. Supongo que la culpa fue del extraño sarampión que afectó al Planeta en la década de los sesenta: se arrinconaron los viejos manuales de urbanidad y ya nadie se sintió obligado a dejar el asiento a las viejecitas, a ceder el paso a los mayores o a pedir perdón antes de interrumpir al prójimo.

Había nacido la «generación-del-derecho-a-ser-feliz»; una tribu arrogante y presuntuosa, vacunada contra gratitud, porque se considera acreedora de todo y deudora de nada. Gracias a Dios, la epidemia remite. Al menos a uno le gustaría que fuese así. Y la pequeña anécdota de Eric parece confirmarlo.



## **ESTABILIDAD ETERNA**

El hombre vive en el tiempo y anhela vivir en la eternidad, dice Agustín, el cual escribe en sus Confesiones:

«¡Tú eres mi consuelo, Señor, tú eres mi padre, tú eres eterno! Pero yo estoy en el tiempo y no sé cómo va a transcurrir. Y en este confuso cambio se dispersa mi pensamiento y todo lo más profundo de la vida de mi alma hasta que me funda en ti purificado y limpio en el fuego de tu amor. En este mundo pasan los años; unos van y otros vienen, pero ninguno permanece. Hasta los instantes en que estamos hablando se empujan unos a otros, y ni la primera sílaba permanece para hacer posible que suene la segunda. Desde que empezamos a hablar, nos hemos hecho un poco más viejos y, ciertamente, yo soy ahora más viejo que hoy por la mañana. Nada permanece inmóvil, nada hay fijo en el tiempo. Por eso es necesario amar a Aquel por quien se hicieron los tiempos, para ser liberados del tiempo y anclados en la eternidad, donde ya no es posible la mutabilidad del tiempo».

El anhelo de eternidad es para Agustín, al mismo tiempo, deseo de estabilidad, de dicha permanente, de amor que no se enfría, de vida realizada. En una época de cambio anhelaba Agustín algo permanente de lo que poder fiarse. Eso era para él Dios, que está más allá de todo tiempo, más allá de todo cambio. Y, puesto que hoy vivimos en tiempos parecidos a los de Agustín, podemos comprenderle perfectamente y hacer nuestros sus anhelos de eternidad mientras vivimos en el tiempo. ,

## **MANOS**

«Hay manos que nos crucifican... Hay quien sin darse cuenta, nos tritura el corazón... Hay manos que nos flagelan... son las palabras venenosas... Y todas estas manos han trabajado para nuestra santificación.

Hay también manos que nos consuelan... que nos expresan la bondad y la amabilidad de la Providencia...» «Hay manos que nos bendicen y que hacen que tenga éxito todo aquello que no podríamos lograr con nuestros esfuerzos... Son las oraciones de los pequeños y de los desgraciados... »

«Hay manos, muy pequeñas a veces, que iluminan nuestro corazón con un rayo de sol y que, un día, en un instante, dejan este pobre corazón quebrado porque se han llevado la mitad al cielo con ellas... Pero por ellas, Dios concede el remedio con la herida; estas manecitas que adoran ya al Padre en su eternidad hacen descender al alma afligida el eco celestial de la beatitud... Hay, en fin, manos que nos conducen..., que nos llevan hacia Dios, y nos sostienen en el camino del cielo.»

## LA LOTERÍA

La entrega de un premio en un juego de azar en el que participa un número indefinido de individuos, no parece remontarse más allá del comienzo del s. I antes de nuestra era. Éste fue el principio de la lotería tal y como la conocemos en nuestros días. Practicada, y tal vez inventada, por Augusto o Nerón, ofrecía como lote esclavos, barcos, casas, pero se diferenciaba de la lotería contemporánea en que la participación era gratuita. Esta práctica formaba parte de la cuasi-institución que podemos resumir bajo la apelación de «panem et circenses», «pan y juegos».

En Italia, hacia el s. XII, el derecho de participación se adquiría pagando, y esta práctica llegó a Francia, Alemania y Austria, donde sirvió para enriquecer las arcas públicas. En 1520, Francisco I promulgó un edicto por el que se legalizaban los «blanques», éste era entonces el nombre que se daba a los billetes de lotería y a ésta misma, y que fue reinstaurada en 1539 como sistema destinado a enriquecer al estado.

Introducida en Inglaterra en 1569, la lotería conoció un éxito apabullante, y fue la que permitió financiar la expedición de la Corona a Virginia en 1612. Los fraudes obligaron a la Cámara de los Comunes en 1823 a reglamentar severamente las loterías. En 1890, la compañía americana Louisiana Lottery se había vuelto tan corrupta que el presidente Harrison tuvo que denunciarla públicamente y fue puesta fuera de la ley en 1892.

Recuerdo que una vez un taxista que había viajado por medio mundo me dijo: "País de juego país de miseria". No sé si tendría razón o no. A juzgar por sus orígenes históricos, sí. La Roma de Nerón era una Roma decadente en la que se igualaban personas a caballos, o mejor, un caballo valía más que una persona. A lo largo de la historia la lotería va acompañada a lo que parece por la corrupción, la necesidad, la ambición. Miserias todas de diversos tipos, que no existirían si los bienes estuvieran mejor repartidos y nuestra escala espiritual de valores fuera moralmente más elevada.



## NO TODA PERSONA AGUANTA UNA OFENSA

Tres hermanos fueron a ver a un padre del desierto llamado Antonio. Más tarde la Iglesia lo proclamaría san Antonio Abad. Le dijeron:

- «Dinos una palabra: ¿Cómo salvarnos?» El abad Antonio repuso:
  - «¿Escucháis vosotros la Escritura?» Los tres replicaron:
  - «Nosotros queremos escucharla de ti». Entonces Antonio les propuso:
  - «El Evangelio nos dice: "Si alguno te golpea la mejilla derecha, ofrécele también la otra"». Los tres objetaron:
  - «Nosotros no podemos hacer eso». El padre del desierto les dijo:
  - «Si vosotros no podéis ofrecer la otra mejilla, soportad al menos que se os golpee sobre una mejilla».
  - «Nosotros tampoco podemos hacer lo que nos pides».
  - «Si vosotros no podéis, no devolváis el mal que recibisteis». Expusieron:
  - «Nosotros tampoco podemos hacerlo». El abad Antonio dijo a su discípulo:
  - «Prepáales una pequeña papilla de harina, porque están enfermos...».
- Y dirigiéndose a ellos, les dijo:

-«Si vosotros tres no podéis hacer esto y no queréis hacer aquello, ¿qué puedo hacer yo por vosotros? Vosotros tenéis necesidad de plegarias.»

Cura más males y enfermedades -del cuerpo y del alma- aguantar pacientemente un bofetón, una ofensa... que un año de rencor. Claro que, todo depende de cómo uno tenga el alma, su interior, su vida espiritual.

Evidentemente: «No todo mejilla es capaz de soportar un bofetón.»

**J. M. Alimbau**

## LO ÚNICO IMPORTANTE

«El bienaventurado san Juan Evangelista, al final de sus días, cuando moraba en Éfeso, apenas podía ir a la iglesia sino en brazos de sus discípulos, y no podía decir muchas palabras seguidas en voz alta; no solía hacer otra exhortación que esta:

-i«Hijitos, amaos unos a otros!».

Finalmente, sus discípulos y los hermanos que le escuchaban, siempre lo mismo, le preguntaron:

-«Maestro, ¿por qué siempre nos dices esto?».

Y les respondió con una frase digna de Juan:

-«Porque este es el precepto del Señor y su solo cumplimiento es más que suficiente».

## NADA IMPORTANTE ES PROPIO

Hay una historieta que habla de un prado que se vanagloriaba de sus hermosas flores y de su verdor. El cielo se ofendió, no mandó la lluvia y las flores se secaron.

La Escritura no narra cuentecillos, sino que nos enseña que, por nosotros mismos, sin la gracia de Dios, no somos capaces ni de hacer el bien ni de tener buenos pensamientos. Este es el fundamento de la humildad cristiana. Por eso no podemos juzgar ni condenar a nadie, ni siquiera si está lleno de defectos evidentes.

Precisamente porque somos conscientes de que con la gracia de Dios podemos hacer todo lo que hemos sido llamados a hacer, hay en nosotros, junto a la humildad, una fuerte conciencia de nuestra dignidad. No nos desanimamos ni siquiera si nuestras fuerzas no son suficientes.

Uno criticaba a un Papa antiguo: «cómo un hombre de una cultura mediocre puede entender un mundo que no conoce!». Un sacerdote le respondió: «¿Pero usted alguna vez se ha tropezado con un hombre que lo entienda y lo sepa todo? Sabe bien que tal hombre no existe. En realidad, sólo sabe hablar al mundo aquel al que se le ha dado del cielo». No sólo es válido para el Papa. Cada uno, cualquiera que sea su función, es sólo capaz de lo que la gracia divina le da.